

su retirada personal no hubiera tenido un fin relativo al combate, todo el que sepa quién fué Bolívar tendrá por bien averiguado que, juzgándose necesario para la independencia, preservaba su vida á todo trance. Perder una batalla, no era mucho; se podían ganar diez en seguida: muerto Bolívar, muerta la patria. Huir el capitán, dejando al ejército enfurecido en la pelea; cosa imposible al entendimiento y á la pluma. El león va y viene, se mueve en torno, bravea y se multiplica contra los que le acosan, y sucumbe ó queda vencedor, pero no huye. Podía Bolívar colocarse al frente de sus legiones atemorizadas, y echar á andar delante de ellas, porque se entendiera que seguían á su general y no iban fugitivas, como ya hizo en tiempos antiguos Cátulo Luctacio; ponerse en cobro él solo, dejándolas mano á mano con la muerte, calumnia absurda á todas luces. Primero que echa esa pampolina, consúltese con Bóves el que tuvo á Bolívar por cobarde, y ese león le hubiera dicho si á la cobardía de su contrario debió su desengaño en san Mateo. Bóves, el más audaz, valiente é impetuoso de cuantos españoles pelearon esa guerra, sabe si Bolívar fué más que él por la serenidad, la intrepidez, la firmeza, la constancia con las cuales arrostró con esa horrenda hueste debajo del imperio de jefe semejante! El guerrero descuella sobre la tempestad, la cabeza erguida, el brazo alzado: llueve la metralla, el ruido asorda, el humo ciega, y en medio esa espantosa cerrazón, la frente de Bolívar resplandece, su voz se sobrepone á la de los cañones enronquecidos, en su pecho se estrellan y se doblan las lanzas de los llaneros de Bóves, este héroe de la antigua Caledonia, cruel como Starno, feroz como

Swarán. A una acción romana debió Bolívar su salvación en san Mateo; pero es asimismo cierto que á la constancia de Bolívar debió Ricaurte su sacrificio. ¡Cuántas arremetidas resistió, y cuántos asaltos rechazó, y cuántas esperanzas burló primero que el nuevo Cocles salvase á la patria! Confundido, despechado, desesperado, levanta el campo Bóves, y deja el triunfo á los cobardes. Españoles valientes, heroicos españoles, así deshonrais vuestra derrota?

Nuestra dicha es haber conquistado la libertad, pero nuestra gloria es haber vencido á los españoles invencibles. No, ellos no son cobardes; no, ellos no son malos soldados; no, ellos no son gavillas desordenadas de gente vagabunda: son el pueblo de Carlos Quinto, rey de España, emperador de Alemania, dueño de Italia y señor del Nuevo Mundo. Cuántas jornadas de aquí á Paris? preguntaba este monarca á un prisionero francés. Doce tal vez, pero todas de batalla, respondió el soldado. El emperador no fué á Paris. La grandeza del vencido vuelve más grande al vencedor. No, ellos no son cobardes; son los guerreros de Cángas de Onis, Alárco y las Navas; son el pueblo aventurero y denodado que invade un mundo desconocido y lo conquista; son la familia de Cortés, Pizarro, Valdivia, Benalcázar, Jimenez de Quesada y más titanes que ganaron el Olimpo escalando el Popocatepelt, el Toromboro y el Cayambe. Pueblo ilustre, pueblo grande, que en la decadencia misma se siente superior con la memoria de sus hechos pasados, y hace por levantarse de su sepulcro sin dejar en él su manto real. Sepulcro no, porque no yace difunto;

lecho digamos, lecho de dolor al cual está clavado en su enfermedad irremediable. Irremediable no, tampoco digamos esto : si España se levanta, se levantará erguida y majestuosa, como se levantara Sesóstris, como se levantara Luis XIV, ó más bien como se levantara Roma, si se levantara. Cuerpo enfermo, pero sagrado ; espíritu oscurecido, pero santo, España ! España ! lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de ti lo tenemos, á ti te lo debemos. El pensar á lo grande, el sentir á lo animoso, el obrar á lo justo en nosotros, son de España ; y si hay en la sangre de nuestras venas algunas gotas purpurinas, son de España. Yo que adoro á Jesucristo ; yo que hablo la lengua de Castilla ; yo que abrigo las afecciones de mis padres y sigo sus costumbres ; cómo la aborrecería ? Hay todavía en la América española una escuela, un partido ó lo que sea, que profesa aborrecer á España y murmurar de sus cosas. Son justos, son ingratos los que cultivan ese antiguo aborrecimiento ? El olvidar es de pechos generosos : olvidemos los agravios, acordémonos del deudo y la deuda. Y acaso todo fué bárbaro y cruel por parte de los españoles ? Monteverde, Cervéris, Antoñanzas, es verdad ; pero no honraron su patria y la guerra hombres buenos, humanos como Cajigal ? No habia visto poco ántes el Nuevo Mundo un virey Francisco Montalvo ? Y esto sin hacer memoria de Las Casas, el filántropo, el apóstol, ese que con el crucifijo en la mano andaba interponiéndose entre los conquistadores y los conquistados, suavizando la crueldad, conteniendo la rapacidad de los unos ; esforzando la debilidad, aclarando la oscuridad de los otros. Cuba,

ah, Cuba ensangrentada y llorosa se alza en el mar, y puesto el dedo en los labios, me hace seña de callar las alabanzas de la madre patria. Pobre musa desesperada, blanco el vestido, suelto el cabello, da el salto de Leucadia para olvidar su pesadumbre ó sepultarse con ella en el abismo.

Como no sea la de Olmedo, cualquier voz será desentonada para cantar los hechos de la guerra de la libertad, y trémula cualquier mano para rasguelos según pide su grandeza. En las pinceladas sublimes de aquel bardo descuellan con toda su pujanza las virtudes del mayor de los héroes del Nuevo Mundo, y al cadencioso rompimiento de esos versos figúrase uno ver á Fingal cómo desciende todo armado de las montañas de Morven. Ullin, bardo de Cona, gastó ménos poesía en alabar á sus guerreros, y ni el Pindo resonó con más arrebatada armonía á los acentos de Tirteo.

Quién es el caballero que alarga el brazo y enseña las alturas del riscoso Bárbula ? El general dió la orden de victoria, vuelan los soldados rompiendo por los enemigos batallones. El combate está empeñado, las balas caen como granizo, los valientes se extienden por el suelo heridos en el pecho. El general abraza con la vista el campo de batalla, y se dispara adonde la pelea anda más furiosa : suena su voz en donde quiera : su espada, como la del ángel exterminador, despide centellas que ciegan á los enemigos. Bolívar aquí, Bolívar allí : es el Genio de la guerra que persigue á la victoria. Flaquea un ala, él la sostiene ; otra es rompida, él le vuelve su

entereza: anima, enciende los espíritus, y no hay salvarse el enemigo, si no agacha las armas y se pone á merced del vencedor. Los que resisten son pasados á cuchillo; los que huyen no volverán al combate: la imagen de Bolívar los aterra, ven su sombra, y tiemblan y trasudan, semejantes á Casandra en presencia de la estatua del macedon invicto.

Triunfo caro, ¡triumfo horrible: las lágrimas de los jefes, los ayes de los soldados manifiestan cuánto fué triste esa jornada. Joven hermoso, qué haces ahí tirado sobre el polvo? contemplas la bóveda celeste, tu alma se ha enredado en los rayos del sol y no puedes liberarla de esa prision divina? Álzate, mira: tus armas han vencido, mas sin tu brazo, la victoria era dudosa. Toma tu parte en la alegría del ejército, ve hácia tu general y recibe la corona que han merecido tus proezas. Quién eres? Te conozco: la frescura de los años, la energía del corazon, la nobleza del alma, todo está pintado en tu rostro bello y juvenil como el de Ascanio. Atanasio, no respondes? Este cuerpo frio, esta belleza pálida, esta inmovilidad siniestra me dicen que no existes, y que tu espíritu voló á incorporarse en el eterno. Muerto estás: la frente perforada, los sesos escurriendo lentos hácia las mejillas, la sangre cuajada en los rizos de tus sienes dan harto en qué se aflija el corazon y porqué lloren los ojos. Morir tan joven no es lo que te duele, si en la eternidad se experimenta alguna pesadumbre; morir tan al principio de la guerra, cuando la suerte de tu patria está indecisa; morir sin verla libre y dichosa, esto es lo que te angustia allá donde miras nues-

tra cuita. Léjos de tu sepultura, tu madre no podrá regarla con su llanto; tus hermanas, ¿ las tuviste? recibirán la nueva de tu fin y se desesperarán en su ternera; tu amada, tu prometida (preciso era la tuvieras, pues mocedad sin amor es senectud); tu amada, tu prometida perderá el color y andará silenciosa por lugares solitarios. Qué mucho? Te lloran los soldados, te lloran tus amigos, te llora el general: Urdaneta, D'Eluyar empapan la victoria con lágrimas de sus ojos: Bolívar, Bolívar mismo, mírale, parece el capitán de los cruzados que llorase sobre Reinaldo. Flor del ejército, esperanza de la patria, bendícela desde las alturas, envíanos tu fuerza que nos ayude en las batallas.

Después de esta victoria, Bolívar decretó los honores del héroe y el ciudadano eminente á Jiraldot: el ejército, los venezolanos todos debian cargar luto por un mes: su nombre se inscribiria entre los de los próceres como el de un bienhechor de la patria: su familia gozaria una pension igual á su sueldo, y otras prerogativas de las con que se suele honrar la memoria de los hombres altamente distinguidos. Atanasio Jiraldot, joven granadino, descolló como los valientes de primera clase, salió de esa cama de leones que tantos hombres prodigiosos dió á la independenciam. Bolívar, que no conocia la envidia ni era ingrato, honró esa muerte, y el nombre de Jiraldot es uno de los más ilustres de nuestra santa guerra. No nos admiren los extremos de dolor del capitán: hombre era ése que en siendo su destino otro que la guerra, habria sido poeta: la imaginacion encendida, el alma delicada, sensitivo y ar-

diente, el poema que labró con el acero lo hubiera escrito con la pluma. Embelesa la galanura de sus cláusulas cuando habla á lo fantástico, embebido en el dios universo, allá sobre los hombros del mayor de los montes: Chimborazo no conserva recuerdo más glorioso que el haber visto frente á frente al hijo predilecto del Nuevo Mundo. No es maravilla que corazón tan fino gimiese en trance tan funesto aun en medio de los afanes de la guerra: si ésta lo consintiese, se habría retirado, como Cuchullin á la colina de Cromla, á llorar la muerte de su amigo. Alejandro hizo locuras á la de Efestion; y conmueve con una suerte de grandeza el ver á Napoleon inclinado hácia Lannes espirante, diciendo en voz ahogada en lágrimas: Lannes, querido Lannes, no me conoces? soy Bonaparte, soy tu amigo.

Los soldados andan taciturnos por el campamento, el cañon está apagado y triste: la lanza no amaga tendida en el brazo del llanero, y el corcel pace tranquilo en la dehesa. Qué ha sucedido? El jefe se halla en su tienda de campaña, la calentura le tiene delirante: sus heridas, anchas y profundas, hablan de muerte, y amenazan á la guerra con viudez inconsolable. España va á perder uno de sus hijos más feroces, pero más esforzados; la causa de la servidumbre se verá privada de su primer ministro. Bóves se muere, murió Bóves! Bóves no ha muerto: sobre un bridon que resopla y manotea pasa revista á sus llaneros, sus amigos fieles, cuyo cariño es para nosotros la ruina de la patria. Negra la cabellera, pálido el rostro, se gallardea en un pisador soberbio, ostentando la salud recobrada y el brio de

su temperamento. Los soldados han visto convertirse en júbilo su tristeza, en bélico ardor el desmayo de sus corazones. Bóves está allí, al frente de ellos, Bóves su jefe, Bóves el cruel, Bóves el terrible con el enemigo; el afable, el bueno, el generoso con el amigo. Por Bóves, no por el rey, se combaten con sus compatriotas, por él se matan con sus hermanos: el amor de la guerra une esas almas fieras, y este consorcio apasionado es funesto para los republicanos. Bóves el leon había infundido cariño terrible en el pecho de los llaneros, otros leones, los del Apure, más reales que los de Asia, los de esos bosques temerosos donde el sol y la tierra se unen para crear los seres más pujantes.

El jefe va y viene, su aspecto anima á los soldados, su voz los enardece; todos piden el combate. Á caballo! á caballo! Tiembla el suelo á ese galope tempestuoso, los aceros van despidiendo sanguinolentas llamas, suena airada la vaina en el estribo, y una torre de polvo se levanta detras de aquel turbion humano. Quién resiste el empuje de esas fieras juramentadas ante el príncipe de las tinieblas para salir con la victoria ó bajar todos al infierno? Qué cuello es tan listo que rehuya la comba homicida de ese sable? qué pecho tan duro que rechaze los botes de esa lanza? El escudo de Ajax, aforrado con siete cueros de toro, no sería resguardo harto seguro contra esa lengua horripilante que se viene vibrando como culebra enfurecida. Ya embisten, ya sueltan el brazo, ya causan la herida larga como la cuarta. Qué los detiene? porqué retroceden aterrados los jinetes? El enemigo habló por mil bocas de fuego,

la metralla hace estragos en los contrarios escuadrones : las columnas de San Mateo permanecen inmóviles : las fuerzas todas de la potente Iberia no las quebrantarían, si contra ellas se viniesen en hórrido coraje. Y el jefe realista está allí, activo, ardiente, furioso. Llaneros, á la carga ! Y los llaneros vuelven, porque no iban de fuga, y acometen con más ímpetu, y se estrelan contra los infantes que les oponen la erguida bayoneta. Mil caballos huyen sueltos, otros arrancan espantados, su dueño colgando en la estribera, y bufan y acocean al agonizante. El número de los llaneros disminuye, pero su valor aumenta : la sangre de sus camaradas les aviva la sed que tienen de la del enemigo, los enfurece, les pone fuego á las entrañas : quieren vengar á los caídos, y caen á su vez, y la tierra se encharca, al tiempo que el aire rebosa con el ruido de las armas y el vocear de los guerreros. Ninguno da pié atrás : la pelea está irritada con el punto de honra y la venganza, ese fuego no se apaga sino con la última gota de la enemiga sangre. Bóves se dispara del uno al otro extremo de las filas combatientes ; Bóves manda en alta voz triunfar á todo trance ; Bóves anima, Bóves enloquece, y en su pasar de un lado á otro semeja al héroe fantástico de las batallas infernales. El fuego contra el fuego nada presta : arma blanca, sable, espada ! cargar, llaneros ! triunfar, valientes ! Bóves habla ; los llaneros se tiran ciegos, miles caen de una y otra parte, la victoria está indecisa.

Qué palidez mortal invade el rostro de Bolívar ? En mudo asombro echa la vista á la colina del frente, su

alma se muestra en sus ojos con angustia inmensa. El perder la vida nada es ; mas con su muerte los españoles remacharán la esclavitud de América. Una columna enemiga halló el modo de trepar la floresta en cuya cima están depositados los elementos de guerra, las santas municiones, prendas de la libertad de un mundo : ellas perdidas, ya no habrá resistir ; le envolverá el enemigo, y él morirá con el último soldado. Qué sin fin de horrosos pensamientos en ese instante atroz ? qué dolor en el pecho del hombre á quien estaban confiadas esas cosas ? Allí fué el ver morir á la naciente patria, allí el contemplar la propia ruina inevitable. La escasa guarnicion abandona el depósito sacrosanto, desciende la colina á paso de fuga ; todo está perdido. Perdido ? Nada está perdido donde la Providencia pone un mártir. El mártir es más que el héroe, por cuanto el sacrificio consumado por las ideas sublimes, por las causas grandes, no es sino el heroísmo que se extrema hasta el punto de cosa celestial. Mucio cuando mira fijamente al invasor de Roma en tanto que su mano está ardiendo en el brasero ; Horacio Cocles cuando manda cortar tras sí el puente del Tiber, para salvar la ciudad undiéndose él, son los santos del heroísmo, víctimas sagradas del amor á la patria, pasión que arraiga en los más nobles pechos, y de tal suerte que no se la arranca sino con el alma. Horacio Cocles tuvo á lo ménos esperanza de salvar la vida, y se salvó en efecto nadando hácia tierra todo armado. En tanto que sus camaradas se afanan por cortar el puente, arrostra él solo con el ejército enemigo, le contiene, le diezma, le abisma : cruje el maderámen, se unde

todo, y el héroe al fondo del río el instante que partía la cabeza al más audaz contrario. Las armas no le abrumaban, ninguna ha perdido, y en esguazo heroico sale al lado de los suyos. Qué grande y respetable continente? Ricaurte despidiendo imperioso á sus soldados y quedándose solo en el edificio que va á volar, no tiene ni sombra de esperanza, y no vacila. El peligro de la gran causa por la cual combate le prende una luz angélica en el seno: va á perecer Bolívar, con él la independencia; y la elevación de su alma, que sin duda la tuvo elevada, puesto que fué capaz de resolución semejante, le impele al sacrificio. Llega el enemigo dando voces de triunfo: el parque es suyo, suya la victoria: la guerra está concluida, pues que Bolívar, si no muere peleando, morirá prisionero. Pero allí estaba el ángel de la guarda de cien pueblos revestido de las formas de un jóven; el ángel de la guarda armado con la espada de América y una mecha prendida con el fuego del Empírio. Una detonación inmensa, un mar de negro humo que se dilata por el espacio, en seguida silencio pavoroso: la patria está salvada.

Adónde volaron tus miembros, mancebo generoso? Si fuera dable suponer que los que desaparecen del mundo sin dejar rastro de su cuerpo son llevados al cielo en figura de hombre, yo pensaría que tus huesos no yacen en la tierra, ni las cenizas de tus carnes se han mezclado con el polvo profano. Quemado, ennegrecido, sin ojos en el rostro, sin cabello en la cabeza, todavía me hubieras parecido hermoso, y al contemplar ese tizon sagrado, mis lágrimas hubieran corrido de

admiración y gratitud ántes que de dolor: los grandes hechos, las obras donde la valentía y la nobleza concurren desmedidamente, no causan pesadumbre, aun cuando traigan consigo una gran desgracia; conmueven, exaltan el espíritu, maravillan, y al paso que sentimos la pérdida de un hombre extraordinario, experimentamos satisfacción misteriosa de que la especie humana le hubiese contenido, y de que se hubiese dado á conocer con muerte sublime. Ricaurte, hombre grande en tu pequeñez, ilustre en tu oscuridad, no eres pequeño ni oscuro desde que te sacrificaste por la libertad de la raza que tiene á gloria el haber producido hijo como tú. Porqué Escévola sería más admirable? porqué su fama revierte en el mundo, y tu nombre no lo sabemos sino los que te amamos? La grandeza de Escévola está en la grandeza de Roma: no es mucho que el renombre de sus héroes, creciendo al influjo de los tiempos, sea mayor que los de un pueblo salido apenas de la cuna. La esencia de las cosas es que el antiguo puso la mano en el fuego, por aterrar al enemigo con la firmeza del alma romana; el de nuestra edad se entregó á las llamas todo entero por salvar la patria. Quedan en favor de Escévola los más de veinte siglos que acrisolan su fama y refinan su gloria; y en el de Ricaurte la trompa del porvenir, que sonará estupenda, si el Nuevo Mundo da algún día un Tito Livio.

Sorprendido, asombrado, aterrado, manda Bóves tocar á retirada, y el campo queda por los libres. Qué acciones! qué guerra!

La suerte de las armas libertadoras fué varia por mu-

cho tiempo en Venezuela : ora triunfante, ora vencido ; ora al frente de sus conmitones, ora refugiado en medio de los mares, Bolívar no vivía sino para la emancipacion de su patria, llamando así la vasta porcion de hombres que puebla el país de Sur-América. Eran sus capitanes muy para vencer en el combate ; poner la victoria al servicio de la República, él solamente. Así fué que entre subvertir el órden, no obedecer las de la cabeza principal, y hacerse proclamar primeros y segundos en el mando, muchas veces lo estragaban todo, y tal hubo en que la causa de la libertad se vió del todo perdida. Conquistada Venezuela por la célebre expedicion de la Nueva Granada, tan grande obra se vino abajo, y á un pecador de bajo suelo se vió señorear insolentemente la parte más heroica de la futura Colombia. Pero Bolívar no habia muerto, y *en él vivía la República*, segun dijo un hombre ilustre de ese tiempo, hombre de esos cuya mirada es larga y profunda, y ven el triunfo atras de la derrota, la gloria atras de la desgracia ; suerte de profetas, que á fuerza de penetracion y fe leen el porvenir y animan á sus contemporáneos con las sentencias favorables que descubren en su seno oscuro. Bóves el leon ya no existia ; Moráles el tigre quedó heredado con su prestigio y su poder, triunfando por casualidad, hombre como era de inteligencia escasa, en valor no muy feliz. Y sobre esto Morillo se venia por esos mares tronando y relampagueando, con propósito firme de asegurar por medio de la sangre doscientos años más de servidumbre. Imposibles muchas veces las cosas que parecen más fáciles y prontas, y burladas las disposiciones de la tiranía. El que sin combatir andaba

cual vencedor, soberbeando como un águila, se volvió con ménos tono, cuando don Simon le hubo enseñado con la mano la vuelta de su casa. ¿ Qué hizo el teniente general de los quince mil valerosos españoles que trajo consigo, y de esos elementos sobrados para conquistar un mundo ? Quintilio Varo, vuélveme mis legiones ! pudiera haber exclamado el que le envió, dándose de calabazadas contra las puertas de su alcázar. Victorias no, riquezas para el caudillo ; laureles no, títulos inmerecidos fueron el fruto de esa aventura, vergonzosa por lo que tuvo de inhábil, desastrosa para España por la gente y los caudales que en ella se habian invertido. Expedicion formidable por el número y la calidad : de oficiales, de soldados, de recursos, lo mejor ; y con tener seguro el buen éxito, fué desbaratada y vencida por el genio de Bolívar y el valor de sus compañeros de armas. Cuéntase que don Pablo, reconvenido confidencialmente por Fernando VII, contestó de esta manera : Deme vuestra majestad cien mil llaneros, y me paseo triunfante por la Europa á nombre del rey de España.

Los llaneros, los enemigos de la república, eran ya republicanos ; los contrarios de Bolívar eran ya sus soldados. Bóves, el mago que los hechizara, habia descendido á las tinieblas, al tiempo que se levantaba en sus corazones su verdadero dios, ese á quien amaron y obedecieron ciegos, Paez, rey de los Llanos, Genio del Apure. Este combatía por la patria, la patria era la buena causa para los llaneros : verdad que Morillo y los expedicionarios habian tenido por su parte el cuidado de ponerles manifiesta con la ingratitud y el menos-

precio. Para arrastrarlos contra sus hermanos habian ademas los españoles recurrido al sortilegio de la religion, y con el cristo por delante los obligaban á empuñar la lanza fratricida. Un terremoto en manos de un predicador popular es arma formidable, dice Gibbon. Sí, por lo que tiene de divina ; pero contra el brazo de la libertad nada pueden los rayos de la Iglesia. Y acaso la destruccion de Carácas habrá sido obra de Dios, el cual se recostaba al lado de los opresores ? El envia el ángel exterminador al campo de los amonitas, no combate por los tiranos. El terremoto de Carácas fué, con todo, golpe mortal para la república, no solamente á causa de la ruina de ese hogar de fuego sagrado, sino tambien por los sentimientos adversos á la patria que los sacerdotes infundieron en el ánimo de los simples é ingenuos moradores de los campos. El cielo habia hecho esa grave demostracion, lo cual era condenar las armas de los enemigos del rey. Oh hombres, hasta cuándo confiaréis al Todopoderoso el éxito de vuestros crímenes ? El quiere la servidumbre de los pueblos ; él se deleita con el retiñido de las cadenas ; él goza en la tiranía de los déspotas ; él pide sangre ; él desea ver hambreados, desnudos á los pobres ; él impone la ignorancia ; su reino, las tinieblas ; él envia terremotos, langostas, pestes en favor de unos y en contra de otros. Pues si vuestro Dios hace todo esto, vuestro Dios es Molok, y no el puro y manso, el justo y misericordioso que nos envió á su hijo á redimirnos.

Una vez que los americanos dejaron de creer en las andróminas de la mala fe y en las chapucerías del fana-

tismo, todos abrazaron con ardor nunca sobrado la causa de la patria, y los llaneros sus más fieles y eficaces servidores. Dios poderoso, y cuáles eran sus acciones en la guerra ! Las Queseras del Medio están asentadas en el memorial de las venganzas que nunca han de satisfacer los españoles ; esa jornada terrible donde ciento cincuenta hombres de á caballo acometen á un ejército, le acuchillan, le despedazan, le aturden, le trabucan y le ponen en retirada nada ménos que vergonzosa. Morillo dió cuenta de este suceso al rey, y no pudo el orgullo tanto con él, que no dejase entrever su admiracion, si bien procurando disminuir el mérito de los americanos con ciertas infidelidades á la verdad. Ciento cincuenta hombres le parecian de hecho número harto menguado para haber dado tanto en que merecer á un general de su reputacion con tropas tales como las suyas. Y no fué esta la única desgracia del propio género, pues cuando la derrota no fuese declarada, no pocas veces los invictos españoles se alejaron más que de paso de esos buenos criollos, el vibrar de cuya lanza veian hasta en sueños. Bárbaros, rústicos y desatinados : séres hiperbóreos sin conocimiento de la guerra ni valor de buena ley, en ocasiones ; en otras, gigantes desemejables, jayanes desaforados que se ven la cara en el mar, como Polifemo, y no hacen sino un bocado de cada uno de los hominicos de Europa. Pues si para con los hijos del Nuevo Mundo eran unos braquillas, ¿ cómo pretendian, con el yelmo de Mambrino y el lanzon, domar y dominar á estos Pandafilandos de la fosca vista ?